

Prólogo **por Lorenzo Meyer**

El siglo XXI apenas inicia y, sin embargo, por lo que a la naturaleza del sistema mundial de poder se refiere, ya tiene un sello: el del nuevo siglo americano. En efecto, el primer “siglo americano” fue el anterior; hace cien años Estados Unidos estaba ya pleno de optimismo pues acababa de triunfar sobre España —la “espléndida guerrita” de 1898, como la llamó entonces John Milton Hay— y empezaba a dar sus primeros pasos como gran potencia mundial. Mucha agua (y a gran velocidad) ha pasado desde entonces bajo el puente de la historia. Pasaron dos guerras mundiales en las que Estados Unidos fue el principal ganador; esos triunfos, aunados a la riqueza natural y a la capacidad e inteligencia de la sociedad norteamericana, hicieron que Estados Unidos se convirtiera en una de las dos superpotencias nucleares que dominaron la escena mundial en la segunda mitad de siglo pasado. Y de la lucha a través de terceros entre Estados Unidos y la Unión Soviética —la “Guerra Fría”—, los norteamericanos volvieron a salir ganadores.

Ahora, al despuntar el siglo XXI, Estados Unidos aparece como el centro indiscutible de un mundo unipolar, como la única superpotencia que es capaz de actuar directamente en cualquier parte, en defensa de sus intereses. Esos intereses están presentes, literalmente, en todo el mundo, y abarcan toda la gama de temas que conforman el espectro del poder: económicos, políticos, militares, científicos o culturales. Ninguno de los otros 206 estados independientes del actual sistema mundial, puede permanecer indiferente ante la acción u omisión de Estados Unidos. Y mucho menos México, el vecino del sur de la superpotencia que ha acumulado un poder sin igual en la historia y con la que comparte una frontera de 3 597 kilómetros.

En el inicio, la sociedad mexicana pudo vivir ignorante o indiferente de Estados Unidos, aunque no así sus más altos dirigentes, que desde la transformación de un puñado de colonias británicas rebeldes en una nueva nación, al final del siglo XVIII, advirtieron la importancia del país del norte como amenaza potencial a la seguridad de la entonces Nueva España. Con la adquisición de la independencia más una guerra con Estados Unidos y la pérdida de los grandes aunque poco habitados territorios del norte, la indiferencia original de México frente a su cada vez más poderoso vecino, se convirtió en una complicada mezcla de temor y admiración. Para los mexicanos, Estados Unidos ha sido fuente lo mismo de ideas que de capital, de tecnología, de presión política, de oferta y demanda de bienes y servicios, de destino de la emigración o del turismo de los mexicanos, entre muchas otras cosas.

No fue sino hasta fechas relativamente recientes que surgió la masa crítica de especialistas mexicanos dedicados a estudiar de manera sistemática e institucional al vecino del norte. Desde luego que para cuando esto sucedió, los norteamericanos ya llevaban un buen tiempo de estudiar y tratar de entender a su “vecino distante”, para usar los términos con que Alan Riding —un europeo conocedor de los dos países y sus respectivas culturas— calificó hace un par de decenios a la relación mexicano-americana.¹ En cualquier caso, el deber de la academia mexicana que se dedica a analizar a los Estados Unidos en función de los intereses mexicanos, es tratar de evitar que en el campo del conocimiento se reproduzca la enorme asimetría que en casi todos los otros campos caracteriza a la relación México-Estados Unidos.

Este libro de Abelardo Rodríguez busca justamente ofrecer tanto a aquellos encargados de elaborar las posiciones mexicanas frente a Estados Unidos como al público mexicano en general instrumentos para interpretar los aspectos y desarrollos de la política actual de la superpotencia, relevantes —en realidad, vitales— para el interés nacional de México. La obra que el lector tiene hoy en sus manos es ya la segunda de Rodríguez sobre el tema.² La primera buscó hacer la disección de la estructura de poder norteamericana en la “era Clinton”, es decir, la del cierre del siglo XX, y entender la manera en que encajaba el México del Tratado de Libre Comer-

cio de la América del Norte en ese proyecto norteamericano. Este segundo libro corresponde a lo que puede llamarse la “era W. Bush”, la actual, y que está marcada por la coincidencia entre el predominio absoluto de Estados Unidos en el ámbito internacional con la llegada de la derecha religiosa a los más altos puesto de la estructura de poder de ese país, y con el surgimiento de un nuevo enemigo “del modo de vida de las comunidades civilizadas” y que ha pasado a ocupar el lugar que entre 1947 y hasta su desaparición, en 1990, correspondió a la Unión Soviética: el terrorismo de las organizaciones fundamentalistas islámicas.

El ataque de Al Qaeda a las torres gemelas en Nueva York y al Pentágono en Washington en septiembre de 2001 tuvo un enorme impacto en la percepción del mundo que domina hoy en los círculos del poder norteamericanos. Y la naturaleza y consecuencias de ese impacto son desentrañadas en esta obra a la luz de, al menos, cuatro variables fundamentales. En primer lugar, la personalidad del propio presidente George W. Bush, pero no sólo la personalidad individual, sino colectiva, es decir, la que es producto de la historia de una familia que ya tuvo antes la presidencia de la gran potencia —conviene advertir, no es el de los George Bush, el primer caso de padre e hijo al frente del Poder Ejecutivo en Estados Unidos, pues antes ocurrió lo mismo con los dos John Adams, segundo y sexto presidentes de ese país— y que desde antes había tejido una compleja red de relaciones en cuyo centro destacan los grandes negocios petroleros de Texas. En segundo lugar, el grupo del que se rodeó George W. Bush, y que corresponde a una derecha religiosa que considera que la posición de Estados Unidos —eje del sistema mundial— es resultado no sólo de una historia política, sino también de un designio divino. Esta segunda variable tampoco es enteramente nueva, en realidad es la continuación de la vieja idea del “Destino Manifiesto”, un término acuñado desde 1845 para unir al expansionismo norteamericano con la legitimidad de un proyecto trazado por el dedo de Dios. La tercera variable es la dureza del juego político seguido por George W. Bush y su grupo, y cuyo ejemplo más claro se dio en la poco clara victoria en las elecciones del año 2000. Finalmente, está la naturaleza de la política social del bushismo, donde el “conservadurismo compasivo” encubre el

apoyo a una tendencia a desvincular al Estado de sus antiguos compromisos sociales —los propios del “Estado benefactor” surgido en la época de Franklin D. Roosevelt— y, en cambio, un sólido apoyo a políticas que benefician al gran capital y a la concentración del ingreso.

Desde una perspectiva, se puede ver a la guerra desatada el 11 de septiembre de 2001 entre Estados Unidos y sus enemigos, como una entre el fundamentalismo islámico de origen saudita y el fundamentalismo bíblico norteamericano, es decir, entre la Jihad y el mayor imperio de la historia. Se trata de una lucha que, se quiera o no, envuelve a todo el mundo, incluso a los que no desearían tomar partido, pues como lo señalara el presidente norteamericano el 20 de septiembre de ese 2001: “nuestra misión [es] unir al mundo en esta causa [la lucha contra el terrorismo]”. El liderazgo norteamericano ve su lucha como una cruzada pero resulta que sus enemigos también la ven así, y es por eso que piden al mundo islámico levantarse y unirse en una guerra santa contra “los nuevos cruzados”, es decir, los nuevos invasores cristianos de Occidente. Cada uno de los bandos identifica al contrario como la esencia del mal; cada uno se ve a sí mismo como la quintaesencia del bien. Y ese conflicto, que de manera inesperada involucró a un México que no estaba preparado para ello —la posición de la delegación mexicana en el Consejo de Seguridad en el inicio de 2003 fue una buena muestra de ello—, no admite neutrales, al menos no desde la perspectiva explícitamente adoptada por Washington, pues como señalara el propio presidente norteamericano en el 2001: “Dios no es neutral en esta batalla”.

Trazados los nuevos objetivos de la política de unos Estados Unidos que son el centro de un mundo unipolar, el autor considera, y con razón, que el cerebro que interpreta al mundo según la Casa Blanca, es el Consejo Nacional de Seguridad, y ese organismo hoy muestra una enorme voluntad de concentración de poder en función del objetivo fijado por el presidente: sostener una guerra sin cuartel contra el terrorismo, no importa dónde esté ni tampoco el antiguo concepto de soberanía; si ha hecho algo debe ser castigado, pero también, si se puede, antes de que lo haga. Y ese enemigo puede estar en cualquier parte, incluso den-

tro de Estados Unidos, de ahí la creación del Departamento de Seguridad Interior.

Una modificación importante en la política exterior norteamericana, producto de la nueva guerra y con consecuencias para México, es el abandono del multilateralismo. En efecto, durante la Guerra Fría, Estados Unidos propició el uso de las Naciones Unidas y de una multitud de organizaciones creadas *ex profeso* para coordinar el esfuerzo propio y el de sus aliados en contra del comunismo: OTAN, OTAS, OEA, etcétera. Sin embargo, en el mundo unilateral posterior a la Guerra Fría, la doctrina del intervencionismo preventivo, con o sin el aval de las Naciones Unidas, deja sin mucho valor a esos foros donde México y otros países en situación similar pretendieron emplear la legitimidad de la regla de la mayoría y del derecho internacional para contener al Gulliver norteamericano. El desdén por las soluciones negociadas en las arenas multilaterales es pues la otra cara de un imperialismo norteamericano que, al no tener ya ningún contrapeso, ya no ve la razón, como había sido hasta ahora el caso, de ocultar su naturaleza, sino que ahora la justifica en función de los altos valores cristianos y universales que dice perseguir.

Cada uno de los temas presentados en este libro, cada uno de los argumentos que se esgrimen y las afirmaciones que en él se hacen, están desarrollados con gran cuidado, con conocimiento a fondo del tema: personajes, biografías, instituciones, coyunturas, cifras, hechos, fechas, fuentes. Se trata de un análisis de los grandes procesos que configuran hoy la acción política de Estados Unidos pero sostenido por el dato preciso. Se trata, en fin, de un buen marco de referencia para entender cómo y por qué nos afecta hoy la posición, los intereses y las dinámicas que tienen lugar al interior de la gran superpotencia. Se trata de un punto de partida para comprender la naturaleza del “nuevo siglo americano”, pero no sólo eso, pues en este libro hay, también, una toma de posición, de partido, que cuestiona, desde la perspectiva de sociedades como la mexicana, las premisas y las consecuencias de los Estados Unidos de la “era Bush”.